

4. AINA TUR

(Menorca, 1976)

De cómo, más o menos, los escenarios visibilizan lo invisible

Las luces de platea se están apagando. Respiramos. Con la ilusión y con la casi certeza de que algún conflicto, más o menos, ajeno nos va a atravesar. Dicen que el teatro se basa en eso: en el conflicto entre los seres humanos y la sociedad, entre el ser humano y él mismo. En ponerse en el lugar del otro y comprender sus problemas y sus posibilidades. Y aunque no siempre ese espejo es agradable, ahí estamos: ocupando plateas. En disposición de todo, o casi...

Se prenden los focos. El escenario se ilumina. Y se produce el encuentro. Único. Con la comunidad presente. Y la representada. Con uno mismo. El escenario, pues, se revela como ese lugar dónde, más o menos, se amplifican y visibilizan las vicisitudes de nuestra existencia. Conmoviéndonos. Interpelándonos. Desvelándonos inquietudes, miradas y emociones. En comunidad. Es bonito que eso ocurra. Y suele ocurrir a menudo. Pero, ¿nos ocurre a todos? ¿nos sentimos todos representados? ¿Qué relatos se escriben, dirigen y programan? ¿Nos devuelve el escenario un reflejo real de nuestra sociedad? ¿O solo de un fragmento de esta? Y las plateas, ¿son representativas de la heterogeneidad de nuestras calles y plazas?

A lo largo del siglo XXI se han ido produciendo cambios sociales y culturales que han otorgado visibilidad a voces y colectivos históricamente reprimidos por las estructuras de poder. Esas historias ocultas y ocultadas han conseguido tomar el foco y empezar a formar parte del relato social. Desenmascarando cómo se despliegan, funcionan y se mantienen los contratos sociosimbólicos que nos rigen como sociedad. Visibilizar es tomar conciencia. Y solo siendo conscientes de esas pautas establecidas y pactadas hemos podido empezar a imaginar resistencias para cuestionarnos y cambiar patrones enraizados en nuestros imaginarios colectivos.

Pero, ¿cómo ha irrumpido y calado este cambio de paradigma social en nuestros escenarios? ¿Qué retos nos plantean estos cambios culturales? ¿Cuál es nuestra responsabilidad como gente de teatro? ¿Hay que forzar la presencia en las programaciones de relatos desatendidos? ¿Deberían establecerse cuotas para dar cabida a todas las diversidades de género, intelectuales, funcionales, étnicas y económicas? ¿Qué peligros implican estas cuotas? ¿Y qué mejoras? ¿Podemos caer en la apropiación de relatos ajenos para tener cabida en una programación marcada por estas posibles cuotas en pro de la diversidad?

Mucho me temo que todavía no hemos encontrado las certezas que nos permitan disuadir tanto interrogante. Así que, quizá, toca abordarlos. En este desafío por acontecer y por permitir acontecer, cuestionarnos ya no quién tiene el foco, sino la voz. De quiénes son esas voces que tienen la oportunidad de desplegarse a cobijo de nuestros escenarios. Y cuáles se quedan fuera. ¿Y por qué? Y, también, por qué no todos tenemos las mismas oportunidades como ciudadanos de sentirnos interpelados por un relato teatral. Por qué solo unos pocos tenemos el privilegio de experimentar que, mientras se atenúan las luces de platea y se encienden las del escenario, nuestros invisibles se van, más o menos, visibilizando...